

«No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me estimes; no me

convencerás. Pues **mi ánimo ya está en marcha**, presto a defender a los troyanos, que **intensa añoranza** sienten por mi ausencia.

Tú pon en **movimiento** a éste, y que también él se de prisa para que me alcance mientras todavía esté dentro de la ciudad.

Además, **yo quiero** ir a mi casa a ver **yo quiero ir a mi casa**

a los criados, a mi esposa y a mi tierno hijo.

Pues **no sé si aún otra vez** llegaré de regreso hasta ellos, o si los dioses ya me van a doblegar a manos de los aqueos.»

Tras hablar así, se alejó Héctor, de tremolante penacho;

y **al instante** llegó a sus bien habitadas moradas,

mas no encontró en las salas a Andrómaca, de blancos brazos, que con su hijo y una sirvienta, de bello manto,

sobre la torre estaba de pie, llorando y gimiendo.

sobre la torre estaba de pie

Héctor, al no hallar dentro a su intachable esposa,

salió al umbral, se detuvo y dijo así a las criadas.

«Ea, criadas, declaradme la verdad.

¿Adónde ha ido Andrómaca, de blancos brazos, fuera del palacio?

¿A ver a mis hermanas y a mis cuñadas, de buenos mantos?

¿O al templo de Atenea ha ido, justo donde las demás troyanas, de bellos bucles, tratan de aplacar a la temible diosa?»

La solícita despensera díjole, a su vez, estas palabras:

«¡Héctor! Ya que mandas encarecidamente declarar la verdad,

ni a ver a tus hermanas **ni** a tus cuñadas, de buenos mantos,

ni al templo de Atenea ha ido, justo donde las demás troyanas, de bellos bucles, tratan de aplacar a la temible diosa,

sino a la elevada torre de Ilio, pues ha oído que los troyanos están abrumados, y que los aqueos ejercen gran poderío.

Ya ha llegado **presurosa** a la muralla,

como mujer enloquecida; y la nodriza lleva al **niño** consigo.»

Dijo la despensera, y Héctor **se precipitó** fuera de la casa, bajando otra vez por la misma **ruta** de bien construidas calles, **por la misma ruta**

Cuando **atravesó** la gran ciudad y llegó a las puertas Esceas, por donde se disponía a salir a la llanura,

allí le salió al paso corriendo su esposa, rica en regalos,

Andrómaca, la hija del magnánimo Eetión, del Eetión que había habitado bajo el boscoso Placo,

en Teba bajo el Placo, y había sido soberano de los cilicios.

De éste era hija la esposa de Héctor, de bronceo casco.

Le salió entonces al paso, y con ella se acercó la sirvienta,

llevando en su regazo al delicado niño, todavía **sin habla**, el preciado Hectórida, semejante a un bello astro.

Héctor solía llamarlo Escamandritio, pero los demás Astiánacte; pues Héctor era el único que protegía Ilio.

sonrió en silencio mirando al niño en silencio,

y Andrómaca se detuvo cerca, **cerca derramando lágrimas**, derramando **lágrimas**,

le asió la mano, **lo llamó con todos sus nombres** y le dijo:

«¡Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas

de tu tierno niño ni de mí, infortunada, que **pronto** ~~viuda~~ **viuda**

de ti quedaré. [...]»

Canto VI, 360-409